

**QUINTO DOMINGO DE PASCUA**

2 DE MAYO DE 1999.

**Juan 14, 1-12**

***El Evangelio íntegro.*** Jesús indica un lugar y señala un camino para llegar a la meta propuesta que es el Padre. El Evangelio debe ser anunciado con sus matices más variados, con sus exigencias y requerimientos más comprometidos. Hay formas y formas de leerlo y, por lo mismo, de entenderlo. Es inadmisibile el libertinaje de interpretaciones particulares que lo presentan acomodable a cualquier propósito. El Espíritu, que lo inspira y anima en los corazones de los creyentes, es Quien asegura su íntima armonía, en un mensaje coherente. La Iglesia de Cristo tiene la llave de su interpretación ya que, por el servicio humilde de su Magisterio, garantizado por el Espíritu Santo, lo proclama con seguridad. Es preciso dejarse enseñar por ella. Además, se impone que el Evangelio sea recibido con corazón humilde. Gracias a esa actitud se captará su verdadero y total sentido.

***Hay que decirlo y mostrarlo.*** Cristo es el Evangelio del Padre. Es acceso seguro y único a Dios, de tal modo que "*nadie va al Padre sino por Él*". Cuando se confiesa: *Camino, Verdad y Vida*, no hace más que asegurar a todos, sin excepción, el necesario encuentro con Dios. Así, como lo entenderá Felipe, no será necesario ver el rostro del Padre, basta mirar a Jesús: "*El que me ve, ve al Padre*". Esto hay que decirlo y mostrarlo, al modo de Jesús, nuestro

necesario modelo. La vida del creyente está empeñada en esa continua e imprescindible revelación. Una existencia comprometida en expresar esa viva revelación, a través de la presentación de los valores evangélicos, logra transformar la fe en cultura, el don de Dios en manjar para todos, la Redención en lúcida demarcación de un camino nuevo que conduce a la Verdad. Para ello será preciso aceptar los desafíos de una realidad que objetivamente es dolorosa. El que se disponga a vivir la adhesión a Cristo, con total honestidad, debe mirar de frente esa realidad y sumergirse en ella.

***Opción por los pobres y excluidos.*** No podemos permanecer en una *torre de marfil* mientras todo se bambolea a nuestro alrededor. Debemos renovar, como Iglesia y desde la fe, una opción por los pobres y sufrientes que tiene sus raíces en el Evangelio. El mismo Jesús señaló su permanencia: "*A los pobres los tienen siempre con ustedes...*".<sup>1</sup> Es preciso, como lo hizo la Madre Teresa de Calcuta, comprometer la vida por ellos. La sociedad contemporánea, en su discutible ordenamiento social, ha dejado de lado a los pobres, más aún, los ha excluido. La fe cristiana promueve un reordenamiento social en el que nadie queda excluido. Con una diferencia *escandalosa*, para una cierta concepción del hombre y de la historia, porque pone a los más sanos al servicio de los más enfermos, a los más

---

<sup>1</sup> Juan 12, 8

ricos al servicio humilde y generoso de los más pobres y menesterosos.

***El don supremo de la fraternidad.*** Los creyentes en Cristo forman, en constante progreso, una familia. Disponemos de una carta significativa del Apóstol Pablo. Me refiero a la brevísima dedicada a Filemón. Se había suscitado un conflicto: Onésimo es un esclavo, propiedad del rico Filemón. Comete el enorme delito de huir de su señor. En esa instancia intermedia es convertido a la fe por Pablo. Decide regresar a su señor, también cristiano. San Pablo escribe la hermosa carta de la que quiero extraer dos párrafos conmovedores e indicativos de la fuerza y eficacia de la fe: "*Yo, Pablo, ya anciano y ahora prisionero a causa de Cristo Jesús, te suplico a favor de mi hijo Onésimo, al que engendré en la prisión. Antes, él no te prestó ninguna utilidad, pero ahora te será muy útil, como lo es para mí. Te lo envío como si fuera yo mismo*".<sup>2</sup> "*Tal vez, él se apartó de ti por un instante, a fin de que lo recuperes para siempre, no ya como esclavo, sino como algo mucho mejor, como un hermano querido*".<sup>3</sup>

***Restablecer la justicia por el amor.*** El esfuerzo de la Iglesia, en su constante acción evangelizadora, es restablecer la justicia por el amor. Se han intentado otros caminos, hasta ahora sin éxito. Para que el amor se haga

---

<sup>2</sup> Carta a Filemón v. 9 al 13

<sup>3</sup> idem v. 15 y 16

civilización será preciso abrevarlo en su fuente genuina: el Evangelio bien leído. No me refiero a una lectura filosófica, y, menos aún ideológica, sino a una práctica de relación personal. Dios no aparece con un discurso bien construido, nos ofrece todo lo que tiene y es: a su Hijo Unigénito. El misterio de la salvación se concreta en ese generoso otorgamiento. Al modo Suyo, quienes profesamos la fe cristiana, debemos concretar, en un generoso don de nosotros mismos, el amor. Lo entiendo como núcleo orientador de un comportamiento social que fortalezca los valores evangélicos como su verdadera síntesis. En el comportamiento cotidiano, el discurso está profundamente dañado por su falta de coherencia. Es impostergable *hacer* la Verdad que, como cristianos, profesamos.